



## LA HISTORIA DEL DOCTOR IGNACIO

Hace casi 200 años un estudiante húngaro llamado Ignacio acabó sus estudios de medicina en la universidad de Viena. Ignacio estuvo buscando trabajo durante dos años sin mucha suerte, pero finalmente fue contratado como médico ayudante en la maternidad del hospital de Viena, donde los médicos atendían a las mamás para tener sus bebés.

Cuando el joven médico Ignacio empezó a trabajar allí, el hospital de Viena era el más grande y moderno de Europa. En aquella época, Viena era la capital de un gran imperio centroeuropeo con un extenso territorio, que corresponde hoy a más de una docena de países diferentes. La mayoría de los grandes edificios y los palacios suntuosos característicos de la ciudad de Viena fueron construidos en esta época del imperio.

Sin embargo, Ignacio estaba aterrado porque fue asignado como médico ayudante al primer pabellón de la maternidad y ya sabía que este pabellón era famoso en toda Viena porque allí se morían muchas mamás de fiebres incurables. Por el contrario, el segundo pabellón de la maternidad no tenía esta triste fama, pues el número de mujeres que morían allí era mucho más bajo que en el primer pabellón.



En ambos pabellones las consultas eran dirigidas y controladas por los médicos, pero había una diferencia entre ambos. En el primer pabellón las mamás eran atendidas por los estudiantes de medicina de la universidad de Viena que realizaban allí sus prácticas profesionales. En el segundo pabellón las mamás eran atendidas por las comadronas, las mujeres que se formaban en el hospital para ayudar en el parto como enfermeras.

El joven Ignacio estaba impresionado porque pronto pudo comprobar la trágica realidad: el número de mujeres que morían de fiebres en el primer pabellón, efectivamente era mucho más alto que en el segundo pabellón. Sin embargo, Ignacio transformó su alarma en curiosidad y se propuso resolver este problema, para evitar la muerte de tantas mujeres.

Hoy conocemos la historia de Ignacio porque escribió un diario, donde anotaba sus observaciones y reflexiones, y un libro al final de su vida. La principal observación, que Ignacio consideró en seguida la más importante para la resolución del problema, fue la siguiente: los estudiantes de medicina realizaban el reconocimiento periódico de las mamás del primer pabellón después de sus prácticas de anatomía. En aquella época, esas prácticas se hacían sobre un cadáver; Ignacio se dio cuenta que la mayoría de las veces los estudiantes no se limpiaban las manos, o no suficientemente, antes de pasar a reconocer a las mamás.

Ignacio imaginó que la manipulación del cadáver por los estudiantes en las prácticas podía contagiar y manchar sus manos de materia putrefacta; luego, se transmitía a las mamás por el contacto de las manos durante el reconocimiento y originaba después la enfermedad de fiebre que causaba la muerte. Una explicación como esta, imaginada por Ignacio para



solucionar el problema, se llama en la ciencia una hipótesis, porque es necesario demostrar que sea cierta y correcta.

Ignacio se preparó, pero no era fácil. Para entender mejor las dificultades de comprobar la hipótesis, debes tener en cuenta que en aquella época todavía no se conocían los gérmenes (microbios y virus) ni tampoco el concepto de contagio de enfermedades estaba bien establecido y aceptado. Los médicos tenían otras teorías que actuaban como obstáculos para las ideas nuevas; solo la lógica y las pruebas podían ayudar a Ignacio para confirmar su idea.

El doctor Klein era el jefe de Ignacio en el primer pabellón del hospital de Viena. Ignacio le informó de sus ideas y conclusiones sobre la enfermedad de la fiebre y de su propuesta: los médicos y los estudiantes debían lavarse a fondo las manos antes de cada reconocimiento de una paciente. Sin embargo, su jefe tenía otras ideas sobre el asunto y no aceptó las propuestas de Ignacio. Como Ignacio seguía insistiendo en ellas, incluso discutiendo vehementemente con su jefe, fue despedido del hospital y perdió su trabajo como médico.

Al cabo de un tiempo Ignacio fue contratado otra vez por el hospital de Viena, y en este caso fue destinado al segundo pabellón, donde no existía el problema grave de las muertes por fiebres. Sin embargo, Ignacio seguía tenazmente obstinado en demostrar que sus ideas y propuestas eran correctas. Convenció a su nuevo jefe del primer pabellón, el doctor Bartch, para que autorizara a los estudiantes de medicina del primer pabellón a realizar también reconocimientos de mamás en el segundo pabellón. En un mes se triplicaron las muertes por fiebres en el segundo pabellón, confirmando su idea; las manos sucias de los estudiantes causaban la fiebre.



Para ampliar la confirmación de la hipótesis, a partir de ese momento, se ordenó a todos los médicos el lavado obligatorio de las manos con una disolución de agua y cal antes de cualquier exploración. Desde la implantación del lavado de manos obligatorio, el número de enfermas y el número de muertes por fiebres disminuyeron otra vez drásticamente. Ignacio creía que estas pruebas eran definitivas, para demostrar su hipótesis: la materia putrefacta transportada por las manos de los estudiantes hacía enfermar con fiebre a las mamás del primer pabellón, que hasta entonces no habían tenido nunca un número de muertes tan grande; el lavado de manos eliminaba la materia putrefacta y bajaban las muertes.

Sin embargo, a pesar de los resultados positivos de Ignacio, el doctor Klein desautorizó la propuesta de lavarse las manos y explicó esos resultados mediante otros factores, como la instalación de un nuevo sistema de ventilación. Se nombró una comisión de médicos para decidir sobre el discutido tema y tampoco le dio la razón a Ignacio. La consecuencia de ello fue que la mayoría de los médicos europeos ignoraron su descubrimiento y al año siguiente no se le renovó su contrato en el hospital de Viena.



Ignacio volvió a Hungría, donde trabajó en el hospital de Budapest, y continuó poniendo en práctica su método de lavarse las manos, que también consiguió reducir el número de muertes por fiebres en esa ciudad. Con todas sus experiencias e ideas escribió un libro, pero tampoco el libro consiguió cambiar la situación y las ideas de los médicos, sino todo lo contrario.



Sin embargo, pocos años después, las ideas de Ignacio fueron finalmente apoyadas y reconocidas por la ciencia a través de dos vías independientes. Por un lado, algunos médicos ingleses y americanos, que también defendían el lavado de las manos en la práctica clínica, y consiguieron que esta medida se extendiera a todos los hospitales. Por otro lado, la teoría de los gérmenes patógenos del científico francés Louis Pasteur: las enfermedades infecciosas son causadas por entes vivos microscópicos, que tienen capacidad de propagarse entre las personas (contagio). Esta teoría confirmaba las ideas y resultados de los trabajos pioneros de Ignacio, y, desde entonces, cambió los prejuicios y las creencias de los médicos acerca de las enfermedades, que fueron los obstáculos que Ignacio no pudo vencer.



## LA HISTORIA DEL DOCTOR IGNACIO

Hace casi 200 años un estudiante húngaro llamado Ignacio acabó sus estudios de medicina en la universidad de Viena. Ignacio estuvo buscando trabajo durante dos años sin mucha suerte, pero finalmente fue contratado como médico ayudante en la maternidad del hospital de Viena, donde los médicos atendían a las mamás para tener sus bebés.

Cuando el joven médico Ignacio empezó a trabajar allí, el hospital de Viena era el más grande y moderno de Europa. En aquella época, Viena era la capital de un gran imperio centroeuropeo con un extenso territorio, que corresponde hoy a más de una docena de países diferentes. La mayoría de los grandes edificios y los palacios suntuosos característicos de la ciudad de Viena fueron construidos en esta época del imperio.

Sin embargo, Ignacio estaba aterrado porque fue asignado como médico ayudante al primer pabellón de la maternidad y ya sabía que este pabellón era famoso en toda Viena porque allí se morían muchas mamás de fiebres incurables. Por el contrario, el segundo pabellón de la maternidad no tenía esta triste fama, pues el número de mujeres que morían allí era mucho más bajo que en el primer pabellón.



En ambos pabellones las consultas eran dirigidas y controladas por los médicos, pero había una diferencia entre ambos. En el primer pabellón las mamás eran atendidas por los estudiantes de medicina de la universidad de Viena que realizaban allí sus prácticas profesionales. En el segundo pabellón las mamás eran atendidas por las comadronas, las mujeres que se formaban en el hospital para ayudar en el parto como enfermeras.

El joven Ignacio estaba impresionado porque pronto pudo comprobar la trágica realidad: el número de mujeres que morían de fiebres en el primer pabellón, efectivamente era mucho más alto que en el segundo pabellón. Sin embargo, Ignacio transformó su alarma en curiosidad y se propuso resolver este problema, para evitar la muerte de tantas mujeres. Hoy conocemos esta historia porque Ignacio escribió un diario, donde anotaba sus observaciones y reflexiones, y un libro al final de su vida.

Ignacio se preparó, pero no era fácil. Para entender mejor las dificultades de Ignacio debes tener en cuenta que en aquella época todavía no se conocían los gérmenes (microbios y virus), ni tampoco el concepto de contagio de enfermedades estaba bien establecido y aceptado. Los médicos tenían otras teorías que actuaban como obstáculos para las ideas nuevas; solo la lógica y las pruebas podían ayudar a Ignacio para confirmar su idea.

En esa época, los médicos atribuían las fiebres a causas tan vagas como cambios atmosféricos o climáticos que enfermaban el cuerpo. Ignacio razonaba que, si eso fuese la causa real de la fiebre, el segundo pabellón del hospital, e incluso toda la ciudad de Viena, deberían estar afectados igual que el primero; sin embargo, eso no sucedía, de modo que descartó esa posibilidad. Además, hizo otra comprobación: las mujeres que llegaban al



hospital tras dar a luz su bebé en la calle, tenían menor porcentaje de muertes por fiebres que las mujeres del primer pabellón. Con ambas conclusiones, razonó que la causa debía estar dentro del primer pabellón.

Aunque parezca raro, algunos médicos atribuían la fiebre a un hecho singular que ocurría en el primer pabellón, pero no en el segundo: el terror psicológico producido en las mujeres por la campana que acompañaba al sacerdote cuando atravesaba las salas llevando los últimos auxilios para una mujer moribunda o muerta en la enfermería. Ignacio pidió al sacerdote que hiciese otra ruta y suprimiese la campana para pasar inadvertido. Como las muertes no disminuyeron tras eliminar la posible causa, Ignacio concluyó que el sacerdote no era una causa de la fiebre.

La principal observación, que Ignacio consideró en seguida la más importante para la resolución del problema, fue la siguiente: los estudiantes de medicina realizaban el reconocimiento periódico de las mamás del primer pabellón después de sus prácticas de anatomía. En aquella época, esas prácticas se hacían sobre la autopsia de un cadáver; Ignacio se dio cuenta que la mayoría de las veces los estudiantes no se limpiaban las manos, o no suficientemente, antes de pasar a reconocer a las mamás.

Ignacio imaginó que la manipulación del cadáver por los estudiantes en las prácticas podía contagiar y manchar sus manos de materia putrefacta, que luego, por el contacto de las manos durante el reconocimiento, se transmitía a las mamás y originaba después la fiebre que causaba la muerte. Una explicación como esta, imaginada por Ignacio para solucionar el problema, se llama en la ciencia una hipótesis, porque es necesario demostrar que sea cierta y correcta.

El doctor Klein era el jefe de Ignacio en el primer pabellón del hospital de Viena. Ignacio le informó de sus ideas y conclusiones sobre la enfermedad de la fiebre y de su propuesta: los médicos y los estudiantes debían lavarse a fondo las manos antes de cada reconocimiento de una paciente. Sin embargo, su jefe tenía otras ideas sobre el asunto y no aceptó las propuestas de Ignacio. Como Ignacio seguía insistiendo e, incluso, discutiendo vehementemente con su jefe, fue despedido del hospital y perdió su trabajo como médico.



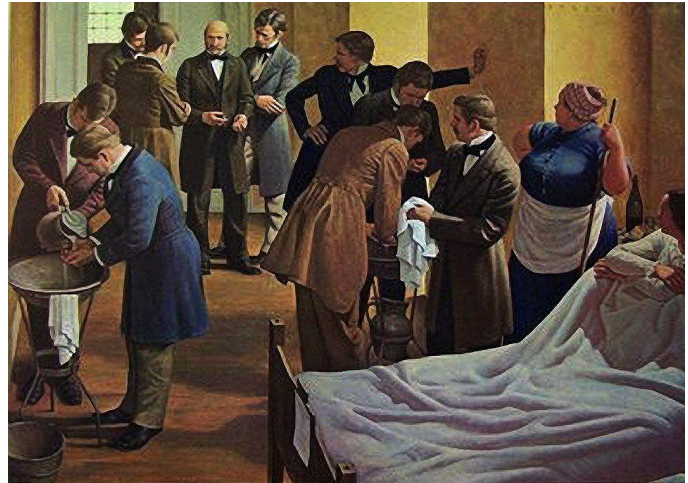
Al cabo de un tiempo Ignacio fue contratado otra vez por el hospital de Viena, y en este caso fue destinado al segundo pabellón, donde no existía el problema grave de las muertes por fiebres. Sin embargo, Ignacio seguía tenazmente obstinado en demostrar que sus ideas y propuestas eran correctas. Convenció a su nuevo jefe del segundo pabellón, el doctor Bartch, para que autorizara a los estudiantes de medicina del primer pabellón a realizar también reconocimientos de mamás en el segundo pabellón. En un mes se triplicaron las muertes por fiebres en el segundo pabellón, confirmando su idea; las manos sucias de los estudiantes causaban la fiebre.



Para ampliar la confirmación de la hipótesis, a partir de ese momento, se ordenó a todos los médicos el lavado obligatorio de las manos con una disolución de agua y cal antes de cualquier exploración. Desde la implantación del lavado de manos obligatorio, el número de enfermas y el número de muertes por fiebres disminuyeron otra vez drásticamente. Ignacio creía que estas pruebas eran definitivas, para demostrar su hipótesis: la materia putrefacta transportada por las manos de los estudiantes hacía enfermar con fiebre a las mamás del primer pabellón, que hasta entonces no habían tenido nunca un número de muertes tan grande; el lavado de manos eliminaba la materia putrefacta y las muertes disminuían.

Sin embargo, a pesar de los resultados positivos de Ignacio, el doctor Klein desautorizó la propuesta de lavarse las manos y explicó esos resultados mediante otros factores, como la instalación de un nuevo sistema de ventilación. Se nombró una comisión de médicos para decidir sobre el discutido tema y tampoco le dio la razón a Ignacio. La consecuencia de ello fue que la mayoría de los médicos europeos ignoraron su descubrimiento y al año siguiente no se le renovó su contrato en el hospital de Viena.

Ignacio volvió a Hungría, donde trabajó en el hospital de Budapest, y continuó poniendo en práctica su método de lavarse las manos, que también consiguió reducir el número de muertes por fiebres en esa ciudad. Con todas sus experiencias e ideas escribió un libro, pero tampoco el libro consiguió cambiar la situación y las ideas de los médicos, sino todo lo contrario.



Sin embargo, pocos años después, las ideas de Ignacio fueron finalmente apoyadas y reconocidas por la ciencia a través de dos vías independientes. Por un lado, algunos médicos ingleses y americanos, que también defendían el lavado de las manos en la práctica clínica, y consiguieron que esta medida se extendiera a todos los hospitales. Por otro lado, la teoría de los gérmenes patógenos del científico francés Louis Pasteur: las enfermedades infecciosas son causadas por entes vivos microscópicos, que tienen capacidad de propagarse entre las personas (contagio). Esta teoría confirmaba las ideas y resultados de los trabajos pioneros de Ignacio, y, desde entonces, cambió los prejuicios y las creencias de los médicos acerca de las enfermedades, que fueron los obstáculos que Ignacio no pudo vencer.



## LA HISTORIA DEL DOCTOR IGNACIO

Hace casi 200 años un estudiante húngaro llamado Ignacio acabó sus estudios de medicina en la universidad de Viena. Ignacio estuvo buscando trabajo durante dos años sin mucha suerte, pero finalmente fue contratado como médico ayudante en la maternidad del hospital de Viena, donde los médicos atendían a las mamás para tener sus bebés.

Cuando el joven médico Ignacio empezó a trabajar allí, el hospital de Viena era el más grande y moderno de Europa. En aquella época, Viena era la capital de un gran imperio centroeuropeo con un extenso territorio, que corresponde hoy a más de una docena de países diferentes. La mayoría de los grandes edificios y los palacios suntuosos característicos de la ciudad de Viena fueron construidos en esta época del imperio.

Sin embargo, Ignacio estaba aterrado porque fue asignado como médico ayudante al primer pabellón de la maternidad y ya sabía que este pabellón era famoso en toda Viena porque allí se morían muchas mamás de fiebres incurables. Por el contrario, el segundo pabellón de la maternidad no tenía esta triste fama, pues el número de mujeres que morían allí era mucho más bajo que en el primer pabellón.



En ambos pabellones las consultas eran dirigidas y controladas por los médicos, pero había una diferencia entre ambos. En el primer pabellón las mamás eran atendidas por los estudiantes de medicina de la universidad de Viena que realizaban allí sus prácticas profesionales. En el segundo pabellón las mamás eran atendidas por las comadronas, las mujeres que se formaban en el hospital para ayudar en el parto como enfermeras.

El joven Ignacio estaba impresionado porque pronto pudo comprobar la trágica realidad: el número de mujeres que morían de fiebres en el primer pabellón, efectivamente era mucho más alto que en el segundo pabellón. Sin embargo, Ignacio transformó su alarma en curiosidad y se propuso resolver este problema, para evitar la muerte de tantas mujeres. Hoy conocemos esta historia porque Ignacio escribió un diario, donde anotaba sus observaciones y reflexiones, y un libro al final de su vida.

Ignacio se preparó, pero no era fácil. Para entender mejor las dificultades de Ignacio debes tener en cuenta que en aquella época todavía no se conocían los gérmenes (microbios y virus), ni tampoco el concepto de contagio de enfermedades estaba bien establecido y aceptado. Los médicos tenían otras teorías que actuaban como obstáculos para las ideas nuevas; solo la lógica y las pruebas podían ayudar a Ignacio para confirmar su idea.

En esa época, los médicos atribuían las fiebres a causas tan vagas como cambios atmosféricos o climáticos que enfermaban el cuerpo. Ignacio razonaba que, si eso fuese la causa real de la fiebre, el segundo pabellón del hospital, e incluso toda la ciudad de Viena, deberían estar afectados igual que el primer pabellón; sin embargo, eso no sucedía, de modo que descartó esa posibilidad. Además, hizo otra comprobación: las mujeres que llegaban al



hospital tras dar a luz su bebé en la calle, tenían menor porcentaje de muertes por fiebres que las mujeres del primer pabellón. Con ambas conclusiones, razonó que la causa debía estar dentro del primer pabellón.

Aunque parezca raro, algunos médicos atribuían la fiebre a un hecho singular que ocurría en el primer pabellón, pero no en el segundo: el terror psicológico producido en las mujeres por la campana que acompañaba al sacerdote cuando atravesaba las salas llevando los últimos auxilios para una mujer moribunda o muerta en la enfermería. Ignacio pidió al sacerdote que hiciese otra ruta y suprimiese la campana para pasar inadvertido. Como las muertes no disminuyeron tras eliminar la posible causa, Ignacio concluyó que el sacerdote no era una causa de la fiebre.

Para la resolución del problema, Ignacio dirigió su observación hacia otro importante factor, propio del primer pabellón y ausente en el segundo: los estudiantes de medicina realizaban el reconocimiento periódico de las mamás del primer pabellón después de sus prácticas de anatomía sobre la autopsia de un cadáver; las comadronas del segundo pabellón no hacían estas prácticas. Además, Ignacio se dio cuenta que la mayoría de las veces los estudiantes no se limpiaban las manos, o no suficientemente, antes de pasar a reconocer a las mamás.

Ignacio imaginó que la manipulación del cadáver por los estudiantes en las prácticas podía contagiar y manchar sus manos de materia putrefacta, que se transmitiría a las mamás por el contacto de las manos durante el reconocimiento, y originaba después la fiebre mortal. Una explicación como esta, imaginada por Ignacio para solucionar el problema, se llama en la ciencia una hipótesis, porque es necesario demostrar que sea cierta y correcta.

El doctor Klein era el jefe de Ignacio en el primer pabellón del hospital de Viena. Ignacio le informó de sus ideas sobre la enfermedad de la fiebre y de su propuesta: los médicos y los estudiantes debían lavarse a fondo las manos antes de cada reconocimiento de una paciente. Sin embargo, su jefe tenía otras ideas sobre el asunto y no aceptó las propuestas de Ignacio. Como otros médicos, creía que la causa de las fiebres eran los reconocimientos de las mujeres poco cuidadosos a cargo de los estudiantes de medicina. Como Ignacio seguía insistiendo en su idea, incluso discutiendo vehementemente con su jefe, fue despedido del hospital y perdió su trabajo como médico.



Al cabo de un tiempo Ignacio fue contratado otra vez por el hospital de Viena, y en este caso fue destinado al segundo pabellón, donde no existía el problema grave de las muertes por fiebres. En ese momento, un acontecimiento fortuito fue trascendental para la idea de Ignacio. Su profesor de anatomía de la universidad murió tras cortarse con un bisturí durante una autopsia y enfermar después gravemente; Ignacio comprobó los detalles de esa enfermedad para concluir que los síntomas eran idénticos a los síntomas de las fiebres de las mujeres.

Este hecho convenció a Ignacio que sus ideas acerca de la causa de la enfermedad de fiebre podían ser correctas, y continuó ahora tenazmente obstinado en demostrarlo. Convenció a





su nuevo jefe del segundo pabellón, el doctor Bartch, para que autorizara a los estudiantes de medicina del primer pabellón a realizar también reconocimientos de mamás en el segundo pabellón. En un mes se triplicaron las muertes por fiebres en el segundo pabellón, confirmando su idea; las manos sucias de los estudiantes causaban la fiebre.

Para ampliar la confirmación de la hipótesis, a partir de ese momento, se ordenó a todos los médicos el lavado obligatorio de las manos con una disolución de agua y cal antes de cualquier exploración. Desde la implantación del lavado de manos obligatorio, el número de enfermas y el número de muertes por fiebres disminuyeron otra vez drásticamente. Ignacio creía que estas pruebas eran definitivas, para demostrar su hipótesis: la materia putrefacta transportada por las manos de los estudiantes hacía enfermar con fiebre a las mamás del primer pabellón, que hasta entonces no habían tenido nunca un número de muertes tan grande; el lavado de manos eliminaba la materia putrefacta y las muertes disminuían.

Sin embargo, a pesar de los resultados positivos de Ignacio, el doctor Klein desautorizó la propuesta de lavarse las manos y explicó esos resultados mediante otros factores, como la instalación de un nuevo sistema de ventilación. Se nombró una comisión de médicos para decidir sobre el discutido tema y tampoco le dio la razón a Ignacio. La consecuencia de ello fue que la mayoría de los médicos europeos ignoraron su descubrimiento y al año siguiente no se le renovó su contrato en el hospital de Viena.



Ignacio volvió a Hungría, donde trabajó en el hospital de Budapest, y continuó poniendo en práctica su método de lavarse las manos, que también consiguió reducir el número de muertes por fiebres en esa ciudad. Con todas sus experiencias e ideas escribió un libro, pero tampoco el libro consiguió cambiar la situación y las ideas de los médicos, sino todo lo contrario.

Sin embargo, pocos años después, las ideas de Ignacio fueron finalmente apoyadas y reconocidas por la ciencia a través de dos vías independientes. Por un lado, algunos médicos ingleses y americanos, que también defendían el lavado de las manos en la práctica clínica, y consiguieron que esta medida se extendiera a todos los hospitales. Por otro lado, la teoría de los gérmenes patógenos del científico francés Louis Pasteur: las enfermedades infecciosas son causadas por entes vivos microscópicos, que tienen capacidad de propagarse entre las personas (contagio). Esta teoría confirmaba las ideas y resultados de los trabajos pioneros de Ignacio, y, desde entonces, cambió los prejuicios y las creencias de los médicos acerca de las enfermedades, que fueron los obstáculos que Ignacio no pudo vencer.



## LA HISTORIA DEL DOCTOR IGNACIO

Hace casi 200 años un estudiante húngaro llamado Ignacio acabó sus estudios de medicina en la universidad de Viena. Ignacio estuvo buscando trabajo durante dos años sin mucha suerte, pero finalmente fue contratado como médico ayudante en la maternidad del hospital de Viena, donde los médicos atendían a las mamás para tener sus bebés.

Cuando el joven médico Ignacio empezó a trabajar allí, el hospital de Viena era el más grande y moderno de Europa. En aquella época, Viena era la capital de un gran imperio centroeuropeo con un extenso territorio, que corresponde hoy a más de una docena de países diferentes. La mayoría de los grandes edificios y los palacios suntuosos característicos de la ciudad de Viena fueron construidos en esta época del imperio.

Sin embargo, Ignacio estaba aterrado porque fue asignado como médico ayudante al primer pabellón de la maternidad y ya sabía que este pabellón era famoso en toda Viena porque allí se morían muchas mamás de fiebres incurables. Por el contrario, el segundo pabellón de la maternidad no tenía esta triste fama, pues el número de mujeres que morían allí era mucho más bajo que en el primer pabellón.



En ambos pabellones las consultas eran dirigidas y controladas por los médicos, pero había una diferencia entre ambos. En el primer pabellón las mamás eran atendidas por los estudiantes de medicina de la universidad de Viena que realizaban allí sus prácticas profesionales. En el segundo pabellón las mamás eran atendidas por las comadronas, las mujeres que se formaban en el hospital para ayudar en el parto como enfermeras.

El joven Ignacio estaba impresionado porque pronto pudo comprobar la trágica realidad: el número de mujeres que morían de fiebres en el primer pabellón, efectivamente era mucho más alto que en el segundo pabellón. Sin embargo, Ignacio transformó su alarma en curiosidad y se propuso resolver este problema, para evitar la muerte de tantas mujeres. Hoy conocemos esta historia porque Ignacio escribió un diario, donde anotaba sus observaciones y reflexiones, y un libro al final de su vida.

Ignacio se preparó, pero no era fácil. Para entender mejor las dificultades de Ignacio debes tener en cuenta que en aquella época todavía no se conocían los gérmenes (microbios y virus), ni tampoco el concepto de contagio de enfermedades estaba bien establecido y aceptado. Los médicos tenían otras teorías que actuaban como obstáculos para las ideas nuevas; solo la lógica y las pruebas podían ayudar a Ignacio para confirmar su idea.

En esa época, los médicos atribuían las fiebres a causas tan vagas como cambios atmosféricos o climáticos que enfermaban el cuerpo. Ignacio razonaba que, si eso fuese la causa real de la fiebre, el segundo pabellón del hospital, e incluso toda la ciudad de Viena, deberían estar afectados igual que el primer pabellón; sin embargo, eso no sucedía, de modo que descartó esa posibilidad. Además, hizo otra comprobación: las mujeres que llegaban al



hospital tras dar a luz su bebé en la calle, tenían menor porcentaje de muertes por fiebres que las mujeres del primer pabellón. Con ambas conclusiones, razonó que la causa debía estar dentro del primer pabellón.

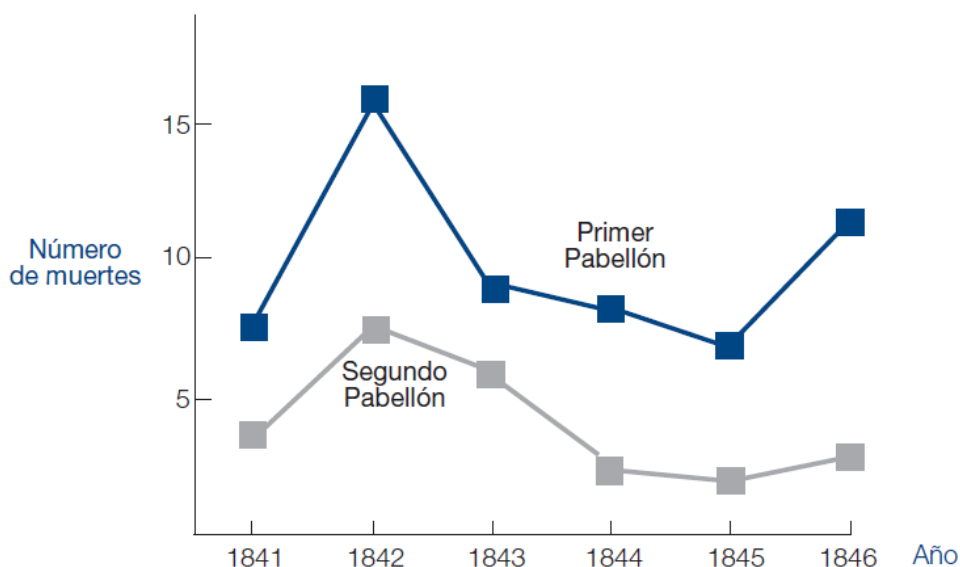
Aunque parezca raro, algunos médicos atribuían la fiebre a un hecho singular que ocurría en el primer pabellón, pero no en el segundo: el terror psicológico producido en las mujeres por la campana que acompañaba al sacerdote cuando atravesaba las salas llevando los últimos auxilios para una mujer moribunda o muerta en la enfermería. Ignacio pidió al sacerdote que hiciese otra ruta y suprimiese la campana para pasar inadvertido. Como las muertes no disminuyeron tras eliminar la posible causa, Ignacio concluyó que el sacerdote no era una causa de la fiebre.



Para la resolución del problema, Ignacio dirigió su observación hacia otro importante factor, propio del primer pabellón y ausente en el segundo: los estudiantes de medicina realizaban el reconocimiento periódico de las mamás del primer pabellón después de sus prácticas de anatomía sobre la autopsia de un cadáver; las comadronas del segundo pabellón no hacían estas prácticas. Además, Ignacio se dio cuenta que la mayoría de las veces los estudiantes no se limpiaban las manos, o no suficientemente, antes de pasar a reconocer a las mamás.

Ignacio imaginó que la manipulación del cadáver por los estudiantes en las prácticas podía contagiar y manchar sus manos de materia putrefacta, que se transmitiría a las mamás por el contacto de las manos durante el reconocimiento, y originaba después la fiebre mortal. Una explicación como esta, imaginada por Ignacio para solucionar el problema, se llama en la ciencia una hipótesis, porque es necesario demostrar que sea cierta y correcta.

Ignacio recopiló los datos de muertes de mujeres en el hospital (ver el diagrama) y los utilizó para intentar convencer a sus colegas médicos. El diagrama representa el número de mujeres muertas de fiebres por cada 100 partos atendidos en el hospital (porcentaje).





El doctor Klein era el jefe de Ignacio en el primer pabellón del hospital de Viena. Ignacio le informó de sus ideas sobre la enfermedad de la fiebre y de su propuesta: los médicos y los estudiantes debían lavarse a fondo las manos antes de cada reconocimiento de una paciente. Sin embargo, su jefe tenía otras ideas sobre el asunto y no aceptó las propuestas de Ignacio. Como otros médicos, creía que la causa de las fiebres eran los reconocimientos de las mujeres poco cuidadosos a cargo de los estudiantes de medicina.

La hipótesis del doctor Klein y la de Ignacio tenían implícito un trasfondo social importante para entender los rechazos. La hipótesis del doctor Klein acusaba a los estudiantes de ser poco cuidadosos y evitaba la acusación de falta de limpieza a los médicos (implícita en la hipótesis de Ignacio). Puesto que la mayoría de los estudiantes de medicina eran extranjeros, y sus países de origen causaban problemas políticos al imperio en esa época, la hipótesis de ser poco cuidadosos estigmatizaba socialmente a los estudiantes y sus países con un nuevo desprestigio. En el caso de Ignacio, obligar a lavarse a los médicos, significaba dudar de su limpieza; los médicos rechazaban eso, porque creían que contribuía a su desprestigio social. Como Ignacio seguía insistiendo en su idea, incluso discutiendo vehementemente con su jefe, fue despedido del hospital y perdió su trabajo como médico.

Al cabo de un tiempo Ignacio fue contratado otra vez por el hospital de Viena, y en este caso fue destinado al segundo pabellón, donde no existía el problema grave de las muertes por fiebres. En ese momento, un acontecimiento fortuito fue trascendental para la idea de Ignacio. Su profesor de anatomía de la universidad murió tras cortarse con un bisturí durante una autopsia y enfermar después gravemente; Ignacio comprobó los detalles de esa enfermedad para concluir que los síntomas eran idénticos a los síntomas de las fiebres de las mujeres.

Este hecho convenció a Ignacio que sus ideas acerca de la causa de la enfermedad de fiebre podían ser correctas, y continuó ahora tenazmente obstinado en demostrarlo. Convenció a su nuevo jefe del segundo pabellón, el doctor Bartch, para que autorizara a los estudiantes de medicina del primer pabellón a realizar también reconocimientos de mamás en el segundo pabellón. En un mes se triplicaron las muertes por fiebres en el segundo pabellón, confirmando su idea; las manos sucias de los estudiantes causaban la fiebre.



Para ampliar la confirmación de la hipótesis, a partir de ese momento, se ordenó a todos los médicos el lavado obligatorio de las manos con una disolución de agua y cal antes de cualquier exploración. Desde la implantación del lavado de manos obligatorio, el número de



enfermas y el número de muertes por fiebres disminuyeron drásticamente otra vez en unos meses, del 18% a menos del 3%. La tasa de la enfermedad de fiebre disminuyó al final del año 1848 hasta el 1% en ambos pabellones, quedando sin diferencias entre ellos.

Ignacio creía que estas pruebas eran definitivas para demostrar su hipótesis: la materia putrefacta transportada por las manos de los estudiantes hacía enfermar con fiebre a las mamás y ocasionaba las altas tasas de muertes, incluso en el segundo pabellón, que hasta entonces no habían tenido nunca un número de muertes tan grande. El lavado de manos cuidadoso eliminaba la materia putrefacta y las muertes disminuían totalmente.

Sin embargo, a pesar de los resultados positivos de Ignacio, el doctor Klein siguió desautorizando la propuesta de lavarse las manos y alegó otros nuevos factores alternativos, como la coincidencia con la instalación de un nuevo sistema de ventilación. Para decidir sobre el discutido tema se nombró una comisión de médicos, que tampoco le dio la razón a Ignacio. La consecuencia de ello fue que la mayoría de los médicos europeos ignoraron su descubrimiento y al año siguiente no se le renovó su contrato en el hospital de Viena.

Ignacio volvió a Hungría, donde trabajó en el hospital de Budapest, y continuó poniendo en práctica su método de lavarse las manos, que también consiguió reducir el número de muertes por fiebres en esa ciudad. Con todas sus experiencias e ideas escribió un libro, pero tampoco el libro consiguió cambiar la situación y las ideas de los médicos, sino todo lo contrario.

Sin embargo, pocos años después, las ideas de Ignacio fueron finalmente apoyadas y reconocidas por la ciencia a través de dos vías independientes. Por un lado, algunos médicos ingleses y americanos, que también defendían el lavado de las manos en la práctica clínica, y consiguieron que esta medida se extendiera a todos los hospitales. Por otro lado, la teoría de los gérmenes patógenos del científico francés Louis Pasteur: las enfermedades infecciosas son causadas por entes vivos microscópicos, que tienen capacidad de propagarse entre las personas (contagio). Esta teoría confirmaba las ideas y resultados de los trabajos pioneros de Ignacio, y, desde entonces, cambió los prejuicios y las creencias de los médicos acerca de las enfermedades, que fueron los obstáculos que Ignacio no pudo vencer.